

PARA PERSONAS
QUE PIENSAN

Eric Bermejo

PARA PERSONAS QUE PIENSAN

Eric Bermejo



Preparado para la edición por:
Centro Bíblico de Huesca

Editorial Discípulo
Apartado 202
22080 Huesca, España

Copyright © 2006 Eric Bermejo
Todos Los Derechos Reservados

Impreso en ICOMGRAPH S.L.L.
C/ Minería s/n Pol. La Magantina
Huesca, (España)

ISBN: 84-89870-35-7
Depósito Legal: HU-109-2006

Contenido

Introducción.....	7
1ª Pregunta	
¿ <i>Qué Es La Biblia?</i>	9
2ª Pregunta	
¿ <i>Qué Dice La Biblia De Dios?</i>	19
3ª Pregunta	
¿ <i>Qué Dice La Biblia De Jesús?</i> ...29	
4ª Pregunta	
¿ <i>Qué Dice La Biblia De Mí?</i>	39
5ª Pregunta	
¿ <i>Qué Dice... De La Religión?</i>	49
6ª Pregunta	
¿ <i>Qué Dice... Del Más Allá?</i>	61
7ª Pregunta	
¿ <i>Qué Quiere Dios De Mí?</i>	71

INTRODUCCIÓN

Una de las características esenciales del ser humano es que somos seres pensantes, con cerebros que resultan ser los mecanismos más complejos que existen en todo el universo... más complejos aún que las inmensas galáxias que surcan los espacios celestiales a nuestro alrededor con sus billones de estrellas.

Pero una de las tragedias más grandes de nuestro mundo moderno es que muchísima gente ha dejado de pensar. Llenan sus vidas con pequeñas

rutinas e innumerables trivialidades, y nunca se preocupan de reflexionar sobre las cuestiones realmente serias y grandes de la vida.

Este pequeño libro se dirige, en primer lugar, a esa minoría de personas que todavía piensan, con el fin de comenzar a contestar Siete Preguntas de tan vital importancia, que salir de este mundo para el más allá sin resolverlas, sería la locura más grande que uno podría cometer.

Y si por añadidura estas páginas sirvieran para despertar el interés de alguno que hasta ahora no ha pensado sobre estas cuestiones, esto sería doblemente gratificante. Quiera Dios que sí.

Eric Bermejo
Madrid, Enero 2006

1

¿QUÉ ES LA BIBLIA?

En una palabra, la Biblia es la voz del Dios que está allí y que no ha guardado silencio, sino que ha irrumpido en la historia de nuestro mundo, y ha hablado. Y hablando, Dios no solamente se ha dado a conocer a sí mismo, sino que nos dice:

- Cuál fue el origen del universo en el que nos hallamos, y para qué existe.

- Cuál es el verdadero sentido de nuestro breve paso por este mundo, y cuál nuestro destino después de la muerte.
- Cómo podemos tener una relación auténtica con Dios aquí y ahora. Una relación que nos dé paz de corazón y conciencia, y plena seguridad de gloria al salir un día de este mundo para el más allá.

Y ante los que ridiculizan la idea de un Dios allí afuera que pueda comunicarse con nosotros de esta manera, contestamos que si nosotros tenemos la facultad de comunicar nuestros pensamientos e intenciones a otras personas por medio de palabras comprensibles, ¿por qué Dios no va a poder hacer lo mismo?

Pero algunos dicen: ¿Y qué tiene que ver Dios con el hecho de que yo pueda hablar y comunicarme de una

forma inteligente con otras personas? Simplemente que esta facultad viene de Dios. El hecho de que ya desde nuestra infancia podemos aprender y manejar un idioma con todo lo que esto implica de vocabulario, estructuras gramaticales complejas y hasta conceptos abstractos, esto es algo que no sólo nos distingue de los animales, sino que no tiene explicación humana. La ciencia misma, ante este fenómeno, queda perpleja.

La única explicación válida es la que Dios mismo nos da en Su palabra, la Biblia. Nos dice que estamos hechos a Su imagen y semejanza, lo cual quiere decir que nuestra misma manera de ser refleja algo de cómo es Dios. De modo que nuestra facultad para comunicarnos con otras personas por medio del lenguaje es un pequeño reflejo de lo que Dios

mismo hace. Él también se comunica... Y la Biblia es la voz del Soberano Dios, hablándonos desde la eternidad.

Pero otros dicen: ¿Cómo podemos creer que un libro escrito por una serie de hombres falibles hace siglos pueda ser la infalible voz de Dios hablándonos verdades absolutas y eternas? La respuesta que la Biblia nos da es que Dios mismo controló las mentes de los escritores de los 66 libros que la componen, de manera que lo que ellos escribieron en la página que tenían delante no fueron sus propias ideas, sino la misma Palabra de Dios. Dicho de otro modo, Dios los usó como canales para la comunicación de Su mensaje para nosotros.

Y de nuevo preguntamos: ¿Por qué ha de parecer imposible que Dios haga semejante cosa? De hecho un

Dios que no pudiera emplear como canales a sus propias criaturas, diseñadas y creadas por Él, para comunicar a otras criaturas suyas Su Palabra y Su mensaje de salvación, no sería un Dios que valiera la pena conocer.

Pero dirás: ¿Cómo podemos estar seguros de que todo esto es así; que la Biblia es de verdad la Palabra del Soberano Dios hablándonos desde el cielo? Pues primordialmente porque la Biblia lleva su propia impronta, como sería de esperar si es de verdad la Palabra de Dios.

Es un libro verdaderamente único. En todos los anales de la historia humana, nunca ha habido otro libro como éste. Ningún libro ha sido tan atacado, criticado, prohibido, quemado y descartado como la Biblia. Sin embargo sigue siendo el libro más pedido, distribuido, leído

y valorado de toda la literatura humana. Ha sido traducida (por lo menos en parte) a más de tres mil idiomas, y la obra de traducción sigue adelante día tras día, y año tras año. ¿Cómo se explica esto?

Además, a través de la historia millones de personas han encontrado en la Biblia una luz para su caminar desde aquí a la eternidad; una respuesta a sus preguntas más profundas, y una paz en el alma que no han podido encontrar en ninguna otra parte. ¿Cómo se explica esto?

Y luego hay otro fenómeno que lo distingue como un libro único: **Su Composición.** La Biblia se compone de 66 libros, escritos por unos 40 autores diferentes durante un periodo de aproximadamente 1.500 años, y en 3 idiomas diferentes. Está claro entonces que la mayoría de los autores nunca se conocieron, ni

tuvieron ningún contacto entre sí. Vivieron en diferentes épocas, en diferentes puntos geográficos, y hasta en diferentes culturas. Sin embargo los 66 libros forman una unidad orgánica tan asombrosa, que no tiene explicación aparte de Dios. Como alguien ha dicho: “Libros separados por siglos en cuanto a su composición, parecen haber sido diseñados deliberadamente para completarse e iluminarse mutuamente”.

Y así es. En este libro, la Biblia, Dios revela paso a paso, y con pinceladas cada vez más gloriosas, Su maravilloso Plan para la Salvación de sus criaturas; la restauración de todo lo que ha quedado dañado por el pecado, y un día el restablecimiento de Su glorioso Reino en este desquiciado mundo.

Un libro único de verdad, del cual alguien ha escrito las siguientes palabras:

“Este libro contiene la mente de Dios, la condición del hombre, el camino de la salvación, la condición de los pecadores y la felicidad de los creyentes. Sus doctrinas son santas, sus preceptos son obligatorios, sus historias verdaderas y sus decisiones inmutables. Léelo para alcanzar la sabiduría, créelo para ser salvo, y practícalo para ser santo. Contiene luz para sostenerte y consuelo para animarte. Es el mapa del viajero, el báculo del peregrino, la brújula del piloto, la espada del soldado, y la Carta Magna del cristiano. Aquí se restaura el Paraíso, se abre el Cielo y las puertas del Infierno se revelan. Cristo es su gran tema, nuestro bien es su designio, y la gloria de Dios su meta. Debe ocupar la mente, gobernar el corazón y dirigir los

pasos. Léelo despacio, frecuentemente y con oración. Es una mina de riqueza, un paraíso de gloria y un río de placer. Te es dado en la vida, será abierto en el juicio, y recordado para siempre. Involucra la más alta responsabilidad, recompensará la más grande labor, y condenará a todo aquel que juega con su contenido sagrado.

¡El Libro... el único Libro... el Libro de los libros... el Libro de Dios... la Biblia... La revelación de Dios al hombre!”.

Si todo esto es verdad, entonces por definición no puede haber nada en todo el mundo que tenga tanta importancia para nosotros como la Biblia. Y siendo así, seríamos necios de verdad si la despreciáramos. ¿Pero será verdad?

La prueba más convincente de que la Biblia es de verdad la Palabra de Dios, es una prueba que tú mismo puedes hacer. Jesús dijo cuál era en S. Juan 7, verso 17:

“El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta”.

**¿Quieres tú
hacer la voluntad de Dios?**

2

¿QUÉ DICE LA BIBLIA DE DIOS?

Muchas cosas y muy importantes como veremos. Pero primero es necesario prestar atención a cuatro cosas que resaltan del texto bíblico en el escrito de Pablo a los Romanos en el capítulo primero. Son las siguientes:

1. Hay un Dios creador detrás de este inmenso universo en el cual vivimos. No es cierto que sea simplemente el resultado de un enorme accidente. El soberano Dios

lo hizo todo. Y el mismo universo físico que nos rodea por todas partes con sus miles de maravillas - su complejidad - su orden - su armonía y sus leyes exactas, es una evidencia tan elocuente de la existencia de Dios, que la Biblia dice que en el día del Juicio Final, nadie tendrá excusa delante de Él si niega o ignora esta evidencia.

2. El ser humano comenzó su historia con un conocimiento de Dios, pero llegó a suprimirlo deliberadamente. Y no por falta de evidencia, sino por falta de ganas de Dios. Así lo dice el texto. A la gente de entonces no les gustó para nada la idea de un Dios soberano, creador y dueño del universo, ante el cual ellos eran responsables. Así que lo borraron de sus cálculos.

3. Pero como todo ser humano lleva en su fuero interno un

profundo instinto de Dios, puesto allí por Dios mismo al crearnos a Su imagen y semejanza, esto fue lo que hicieron: Al glorioso Dios, creador de los millones de gigantescas galaxias que surcan el infinito espacio a nuestro alrededor, le redujeron a unas dimensiones más acordes con sus pensamientos y estilo de vida. Le convirtieron en un dios domesticado, manipulable, hecho a su imagen, y por lo tanto totalmente inútil.

4. **Como consecuencia**, dice el texto bíblico, hay un Dios en el cielo tremendamente ofendido, lo cual no nos debe sorprender ya que lo que hicieron constituye un delito capital contra la majestad de Dios.

La historia se repite. Este informe de lo que pasó al comienzo de la historia humana describe gráficamente lo que ha pasado a

través de toda la historia, y lo que pasa hoy. Andan por la vida millones de personas que dicen que creen en Dios, pero para quienes su dios resulta ser un dios fabricado por ellos mismos, hecho a su pequeña imagen y conforme a sus propios conceptos, y no el único, soberano y todopoderoso Dios de la Biblia. Y Dios nos avisa que tales nociones de Él no sólo son totalmente inválidas, sino que acarrearán, para los que persisten en ellas, una condenación segura en el día del Juicio.

¿Cómo es entonces el auténtico Dios, el Dios que se revela a sí mismo en Su Palabra, la Biblia? He aquí algunas de sus características esenciales.

- **El Dios de la Biblia es creador.** Lo cual quiere decir que Dios, por propia elección suya y por Su propio poder, hizo todas las cosas que

existen y las mantiene por la palabra de su poder. Así comienza la Biblia en su primer libro (Génesis), y así termina en su último libro (Apocalipsis): *“En el principio Dios creó los cielos y la tierra”* (Génesis 1.1). *“Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas”* (Apocalipsis 4.11). Además la Biblia dice que es imposible tener una fe genuina, y una relación auténtica con Dios si uno no cree esto, *“Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía... pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan”* (Hebreos 11:3 y 6).

• **El Dios de la Biblia es personal.**

Lo cual significa que Dios no es una especie de fuerza cósmica como dicen algunos, ni es la esencia más profunda de nuestro mismo ser, como dicen otros.

Dios es un ser personal, con vida propia, nombre propio, y todas las características esenciales de la personalidad. Piensa, conoce, escoge, planea, actúa, habla y ama. Pero también es justo y odia todo lo que no sea recto, justo y verdadero, por lo cual un día lo juzgará.

La prueba más grande de que Dios es un Dios personal es que nosotros, seres humanos, podemos entablar una relación personal con él, gozar de su compañía y sentir su amor en lo más íntimo de nuestro corazón. Así lo dijo Jesucristo, el Hijo de Dios, en San Juan 14:23, y así lo han experimentado millones de personas

desde entonces: “*El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él*”.

• **El Dios de la Biblia es único.** Sólo hay un Dios... el Dios que hizo los cielos y la tierra, y que te hizo a ti también. Cualquier otro objeto, idea o persona que ocupe el lugar de Dios en tu vida, no sólo te fallará, sino que constituye una afrenta a la sola gloria de Dios, con consecuencias fatales en el día que tengas que rendir cuentas ante Él.

Una de las declaraciones absolutamente centrales de la revelación de Dios se encuentra en Deuteronomio 6, verso 4, y reza así: “*Oye, Israel: el Señor nuestro Dios, el Señor uno es*”.

Y en un memorable capítulo del profeta Isaías, Dios protesta enérgicamente contra todas las formas

de idolatría que abundaban en el mundo de entonces, diciendo: “*Yo soy el primero y yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios*” (Isaías 44:6).

Pero la historia se repite. Desgraciadamente el mundo de hoy sigue el mismo camino que entonces. A pesar de las prohibiciones explícitas pronunciadas por Dios mismo contra estas cosas (Éxodo 20: 4 y 5), se siguen fabricando imágenes para usos religiosos y la gente sigue inclinándose ante ellas... aun gente llamada cristiana.

Ahora bien, la idolatría no es solamente cuestión de estatuas e imágenes. En realidad cualquier cosa que ocupe en tu vida el lugar preeminente del Dios que te dice: “*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente*” (Lucas 10:27), es idolatría.

El dinero y las posesiones materiales, si llegan a ocupar el lugar de Dios en tu vida (como le pasa a muchísima gente) es idolatría, tal y como suena. Porque como dijo el Señor en Mateo 6:24, “*No podéis servir a Dios y a las riquezas*”. Y así con otras muchas cosas. Millones de personas hoy en día se inclinan ante el altar de sus propios apetitos - o el altar de las diversiones - o el altar del Yo - o ante todos ellos juntos. Y las consecuencias se han de pagar, porque “*Dios no puede ser burlado*”. ¿Ante qué altar adoras tú?

- **El Dios de la Biblia es soberano y omnipotente.** Él está controlando todo lo que ocurre, y no hay nada ni nadie que pueda resistirle, o evitar que Él obre según Su buen propósito. Esto implica, entre otras cosas:
 - Que Dios puede, sin ningún problema, suspender las leyes de la

naturaleza para introducirse personalmente en la historia de nuestro mundo, como la Biblia asevera que hizo en la persona de su Hijo, Jesucristo.

- Que puede resucitar de la tumba a los muertos, como hizo Jesús con Lázaro en S. Juan 11, y como hará al final de la historia resucitando a todos de sus tumbas, (Juan 5).
- Que puede perdonar aquí y ahora los pecados de todo aquel que acude a Él con verdadero arrepentimiento y fe, y darle Vida Eterna, y la plena seguridad de la gloria. (Lee S.Juan 3:16, 5:24, 6:40 y 10:27-29).

**“Acercaos a Dios, y Él se
acercará a vosotros”
(Santiago 4:8)**

3

¿QUÉ DICE LA BIBLIA DE JESÚS?

Un autor desconocido ha escrito las siguientes palabras acerca de Jesús, y las citamos aquí para dar paso a la inevitable pregunta que haremos a continuación.

Una vida única.... singular.

“He aquí un hombre joven, nacido en un pueblecito medio desconocido e hijo de una simple aldeana. Trabajó en un taller de carpintería hasta los 30 años, y

después, durante 3 años, fue predicador itinerante.

Nunca cursó estudios universitarios ni ocupó ningún cargo oficial. Nunca viajó más de 300 Km. del lugar donde nació. Nunca hizo ninguna de las cosas que el mundo normalmente relaciona con la grandeza, ni tuvo más credenciales que él mismo.

Siendo joven, la opinión pública se volvió en contra suya. Sus amigos le abandonaron. Fue entregado a sus enemigos y sometido a un juicio vergonzoso. Fue clavado en una cruz entre dos malhechores, y mientras moría sus verdugos echaban suertes por la única propiedad que tenía en este mundo, su túnica. Ya muerto, fue puesto en un sepulcro prestado por la piedad de un amigo.

Han pasado veinte siglos, y hoy es la figura central de la raza humana, y el líder de todo auténtico progreso humano.

No exagero nada si digo que todos los ejércitos de la historia... más todos los reyes con sus triunfos y glorias... más todos los parlamentos con sus fueros y leyes... todos juntos, no han afectado la vida del hombre sobre esta tierra como lo ha hecho esta persona única y singular - Jesús de Nazaret”

La pregunta que tenemos que hacer, y que Jesús mismo hizo a sus discípulos es: **¿Quién es este Jesús de Nazaret?** Vamos a ver tres respuestas claves que nos da la Biblia.

1. Jesús es historia auténtica.

Esto quiere decir que Jesús es una persona real, que realmente estuvo aquí en la historia de nuestro mundo hace más de dos mil años. Es importante recalcar esto ya que algunos han alegado que Jesús era simplemente una especie de carácter novelesco inventado por los autores del Nuevo Testamento, y que nunca existió en la realidad.

Hoy sin embargo, el avance de la investigación histórica ha dado al traste con esa teoría, y ha hecho resaltar la afirmación del doctor Lucas (el escritor del tercer evangelio), cuando dice que todo lo que él escribe en cuanto a Jesús (su nacimiento, su vida, su muerte y su resurrección), es historia. Historia corroborada por la rigurosa investigación que él realizó de todos los hechos que narra (Lucas 1:1-4).

Si no es así, entonces el doctor Lucas no sería más que un triste embustero, como también lo serían los demás escritores del Nuevo Testamento. Pero en ese caso, ¿cómo se explica que los escritos de estos supuestos embusteros hayan tenido un efecto transformador tan moralmente positivo en la vida de multitudes que han creído de corazón en el Jesús de quien ellos hablan?

2. Jesús es el Hijo de Dios. Lo cual significa que Jesús es Divino, nuestro mismo Creador, venido del mundo sobrenatural y eterno para visitarnos, exactamente como lo había escrito David en su Salmo 8, diciendo: “*¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre para que lo visites?*”

Ahora bien, frente a esta aseveración se han planteado muchas

objeciones. Algunos alegan que Jesús mismo nunca pretendió ser divino, sino que esa idea fue inventada por los autores del Nuevo Testamento para ayudarles en su intento de montar una nueva religión, el Cristianismo. Un poco como los chinos, que hicieron de su líder Mao Tse Tung un dios para así imponer mejor su ideología.

Pero eso es totalmente falso.

Leyendo el evangelio de S. Juan atentamente, uno no puede por menos que darse cuenta cómo una y otra vez Jesús está haciendo ver, por las cosas que hacía y decía de sí mismo, que él era Dios. Una de esas ocasiones se encuentra en el capítulo 10, donde después de decir Jesús: *“Yo y el Padre somos uno”* (verso 30), los judíos - que entendieron muy bien lo que esas palabras implicaban - tomaron piedras para apedrearle. Y cuando Jesús les preguntó por qué lo

hacían le contestaron: “*Porque tú, siendo hombre, te haces Dios*” (verso 33). Y Jesús no intentó corregirles. Y así por todo el evangelio de Juan. De hecho, si quitáramos de ese evangelio toda indicación de parte de Jesús de su divinidad, muy poco nos quedaría.

Otros dicen que como en el mundo de entonces se creía en la existencia de muchos dioses, que a veces incluso visitaban nuestro mundo en forma humana, pues se ve que los escritores del Nuevo Testamento incorporaron la misma noción en sus escritos al decir que Jesús era divino y descendido del cielo.

Pero otra vez nos encontramos ante un razonamiento falso. Sí que es cierto que todas las naciones estaban sumidas en la más crasa idolatría, creyendo en la existencia de muchos

dioses y diosas, y en muchas supersticiones relacionadas con ello. Todas, menos una. La nación judía. Ellos creían a pies juntillas en un solo, soberano Dios, creador de los vastos cielos y la hermosa tierra, y despreciaban a las demás naciones por su grotesco politeísmo.

Por lo tanto, no sería una exageración decir que no había terreno menos fértil en todo el mundo que la nación judía, para que brotara en ella la noción de un hombre que fuera Dios encarnado. Sin embargo es precisamente en esa nación, y no entre gente pagana, donde nace ese convencimiento. Los escritores del Nuevo Testamento eran mayormente judíos y son ellos los que anunciaron al mundo que Dios nos había visitado en la persona de Jesús de Nazaret.

¿Cómo se explica esto? Pues simplemente porque la evidencia de

que esto era así, manifestada en la vida de Jesús, era tan convincente que no pudieron por menos que reconocerlo. Así lo dice Juan en su evangelio, donde también nos invita a examinar con él la misma evidencia que les convenció a ellos, y gozar de los mismos gloriosos beneficios de tal descubrimiento (Juan 20: 30-31) ¿Cuáles son esos beneficios?

3. Jesús, el Hijo de Dios y nuestro creador, nos visitó...

- Para resolver de una vez por su muerte en la cruz el problema del pecado, el mío y el tuyo (Juan 1:29).
- Para hacernos hijos de Dios y miembros de su gran familia, lo cual no se puede conseguir por ningún esfuerzo humano, ni por ningún rito religioso, (Juan 1:12-13), sino por la sola fe en Jesús, el cual nos amó y se entregó por nosotros en la cruz, (Gálatas 2:20).

- Para darnos vida eterna...
La Vida de la Eternidad (Juan 3:16).
- Para llevarnos un día a sus gloriosas moradas celestiales (Juan 14).

¿Y la garantía de que todo esto es verdad? La resurrección de Jesucristo de la tumba tres días después de su entierro, de lo cual nos habla Juan en el capítulo 20, donde también nos presenta algunas de las evidencias de que esto realmente ocurrió.

¿Quién, pues, dices tú que es Jesús de Nazaret?

4

¿QUÉ DICE LA BIBLIA DE MÍ?

Pronto o tarde toda persona que piense un poco se hará la misma pregunta que hizo la Biblia hace casi tres mil años: *¿Qué es el hombre?* (Salmo 8:4). Lo hará con otras palabras tal vez: ¿Quién soy yo? ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué sentido tiene la vida? ¿De dónde vengo? ¿Qué será de mí después? Pero en el fondo viene a ser lo mismo y es, además, la misma pregunta que ha preocupado a millones de personas a través de la historia. ¿Cuál es la respuesta?

• **La primera opción.** La ciencia evolucionista nos dice que realmente no somos más que un montón de átomos que llegaron a juntarse de una forma totalmente accidental hace millones de años, y que poco a poco fueron evolucionando hacia organismos cada vez más complejos, hasta llegar al ser humano. Y nos sigue diciendo que al morir, nuestro cuerpo se desintegra y vuelve a ser un simple puñado de átomos flotando en el aire, o llevados por la lluvia y los ríos al océano, de donde - según dicen - salimos en un principio. Así lo expresó Bertrand Russell, uno de los grandes filósofos del siglo pasado, y Premio Nóbel en el año 1950:

“El hombre es el producto de causas que no tuvieron ninguna noción del fin que iban a conseguir. Tanto el origen del hombre como su desarrollo, esperanzas,

temores, amores y creencias, son simplemente el resultado de una colocación accidental de átomos.”

• **La segunda opción.** La Biblia nos dice algo muy diferente. Dice que somos criaturas hechas por Dios - el resultado de un acto creativo deliberado suyo, y que Dios tuvo un propósito muy concreto al crearnos. ¿Cuál era ese propósito? Que pudiéramos ascender de la categoría de meras criaturas a la maravillosa categoría de hijos de Dios, y además ascender un día de este pequeño planeta temporal en el cual vivimos, a ese glorioso mundo sobrenatural y eterno de Dios, y desde allí compartir con Él la administración de Su vasto universo.

De acuerdo que son conceptos demasiado grandes para nuestras pequeñas mentes, pero afortunadamente Dios no está

limitado por los pequeños parámetros de nuestros pensamientos. Él nos dice claramente que: *“como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos”* (Isaías 55:9), cosa que sería de esperar si Dios es Dios de verdad. Siendo así, Dios nos invita a dejar nuestros pequeños pensamientos y creerle a Él.

• **¿Cuál de las dos opciones escogemos?** Contestamos que la única opción viable es la segunda. ¿Por qué?

En primer lugar porque si de hecho el cerebro humano no es más que una mera colocación accidental de átomos, como dice la **Primera Opción**, entonces cae por su propio peso que todo lo que sale del cerebro humano (todo pensamiento,

argumento y teoría) no son más que divagaciones irracionales a las cuales no tenemos por que prestar ninguna atención. No podemos, por lo tanto, hacer caso a los que dicen que nuestra mente - y la suya - es un mero accidente.

Pero el hecho es que sí que somos capaces de pensar de una forma racional, lógica y con sentido. Tanto es así que hemos podido llegar a entender algo de las leyes físicas muy exactas y precisas que controlan el universo que nos rodea, y hasta usar esas leyes en nuestro propio beneficio. Entonces hay que preguntar: ¿De dónde viene esta capacidad nuestra de pensamiento racional y lógico?

Sólo hay una respuesta convincente. De la misma manera que un ordenador sólo puede darnos información precisa y válida si antes

alguien le ha introducido un programa cuidadosamente elaborado, así con nosotros. Somos capaces de pensamientos racionales que sincronizan con la racionalidad del universo, sólo porque hay un Dios que ha incorporado esas facultades en nosotros al crearnos. Y las ha incorporado para que vivamos como seres humanos, y no como animales. Y por encima de todo, para poder buscarle y conocerle.

En segundo lugar, hay otra característica humana que sólo tiene explicación en el contexto de la segunda opción. Somos seres con un profundo sentido de justicia y moralidad. Tenemos unos conceptos muy claros de lo que es justo y lo que es injusto, de lo bueno y lo malo, de lo verdadero y lo falso, de lo que se tendría que hacer y lo que no se debería permitir. Tanto es así, que son muy pocas las observaciones sobre

temas de la vida diaria donde no sale algún comentario del estilo - no hay derecho a esto - especialmente si el asunto que se está comentando nos afecta a nosotros personalmente. A diferencia de los cocodrilos que nunca se preocupan de cuestiones de este tipo, nosotros sí. Y es además un sentido de moralidad y justicia compartido por todo el mundo, en todas partes. Una especie de ley moral universal, tan precisa y conocida como las leyes que rigen el universo. Surge entonces la pregunta: ¿De dónde viene esta ley moral que se manifiesta en nosotros desde nuestra niñez?

Por supuesto, no del mundo físico. La naturaleza no sabe nada de conceptos morales. Los mismos evolucionistas lo dicen. La única explicación válida es que un ser trascendente, de absoluta moralidad y justicia, ha incorporado esta

facultad en nosotros. Y eso es exactamente lo que nos dice la Biblia. Dios, (en las palabras de Pablo a los Romanos 1:14-16) ha escrito su ley moral en nuestros corazones, dándonos a cada uno una conciencia que nos recuerda constantemente los requisitos de esa ley, y nos acusa cuando las infringimos.

En tercer lugar, si fuéramos solamente materia física como dice la **Primera Opción**, (un poco de fósforo, calcio, magnesio, agua y poco más), entonces nos quedaríamos totalmente satisfechos simplemente con cosas materiales. Como el ganado, que no pide ni necesita más de lo que el campo le da. Pero no es así en nuestro caso. Cuantos han pensado que acumulando posesiones y satisfaciendo sus apetitos físicos al máximo, encontrarían la plena felicidad y el sumo bien. Pero han quedado

defraudados, con un tremendo vacío en el corazón. Aun Bertrand Russell (citado anteriormente) tuvo que admitir: “En el centro de mi ser hay un eterno y terrible dolor... una búsqueda de algo más allá de lo que este mundo contiene... algo transfigurado y eterno”.

Así es. Alguien lo expresó una vez con las siguientes palabras inmortales. Dirigiéndose a Dios: “Tú nos has hecho para ti, y nuestros corazones están inquietos hasta que encuentren su descanso en ti”. Piensa que así eres tú. Un ser con una dimensión de eternidad, creado por Dios para convivir con Él y compartir sus gloriosos proyectos eternos.

Y la maravilla es que a pesar de toda nuestra despreocupación, desgana y hasta huída de Dios, Él sigue buscándonos porque le importamos. Y nos dice, por medio

de las bellas palabras de su profeta Oseas, “*Venid y volvamos al Señor; porque él arrebató, y nos curará; hirió, y nos vendará. Nos dará vida después de los días; en el tercer día nos resucitará, y viviremos delante de él*” (Oseas 6:1-2).

¿Por qué no vuelves?

5

¿QUÉ DICE LA BIBLIA DE LA RELIGIÓN?

El autor de un importante libro en defensa del Evangelio Cristiano titulado “Evidencia que exige un veredicto”, cuenta la siguiente historia de cuando era estudiante.

Según él mismo, era un joven vanidoso, arrogante y agnóstico, pero con un sentido de inseguridad en el fondo de su ser, y un gran vacío en su alma. Cuenta cómo quedó intrigado por algunos estudiantes cristianos que estudiaban en la misma Universidad.

Eran diferentes. Parecían tener una paz y un gozo interior que no dependían de las circunstancias cambiantes de cada día. Así que decidió tener algún contacto con ellos, y esto es lo que sucedió.

“Allí estábamos, sentados alrededor de una mesa, yo, más seis estudiantes y dos profesores. Después de un rato de conversación se llegó a mencionar el nombre de Dios y comencé a sentirme bastante molesto. Así que fijando la mirada en una de las estudiantes, e inclinándome para atrás en mi silla para no dar la impresión que tenía demasiado interés en el tema, dije, con tono indiferente: ‘Dime, ¿por qué sois tan diferentes a los demás estudiantes y profesores? ¿Qué es lo que ha cambiado vuestras vidas?’ Esa chica era

evidentemente una muchacha de mucha convicción. Me miró directamente a la cara y dijo una palabra que yo nunca hubiera pensado oír pronunciada en una Universidad como una respuesta válida y racional. Dijo: ‘Jesucristo’.

Contesté, ‘Oh por Dios, no me vengas con esa basura. Estoy harto de religión, harto de la iglesia, y harto de la Biblia. No me vengas con esa basura de religión’. La joven me contestó como una flecha: ‘Señor yo no dije religión. Yo dije Jesucristo’”.

Josh McDowell no tardó mucho en encontrar la paz con Dios y una transformación de vida por medio de un encuentro personal con este Jesucristo a quien ahora sirve, especialmente entre estudiantes por

todo el mundo, proclamando a Jesucristo como Señor y Salvador de todos los que doblan la rodilla ante él.

Esta historia verídica nos sirve para hacer algunas observaciones claves que ayudarán a contestar la pregunta con que hemos comenzado.

Es un hecho innegable, comentado por muchos, que la Religión, esa Religión que a continuación describiremos, ha sido a través de la historia una de las razones principales por la que multitudes han renunciado a Dios y las verdades de la Biblia. Han visto un vasto sistema político-religioso que ha crecido en torno al nombre de Cristo, y no les ha gustado nada lo que han visto: enorme poder, increíble riqueza, arrogancia, corrupción, y hasta sangre. Y por causa de esa Religión, muchos han llegado hasta blasfemar el nombre de Dios.

Esa Religión, que pretende representar al único Dios verdadero pero que más bien le deshonra, creando un profundo cinismo y rechazo en el corazón de tantos, ha existido siempre, aunque con diferentes nombres. Existió en los tiempos de Jesús, y existe hoy dentro del mismo Cristianismo. Pero lo que es necesario notar es que:

- Sus características esenciales son siempre iguales, sea cual sea el nombre que lleve.
- Son características opuestas diametralmente al verdadero carácter de Dios y de su Evangelio.
- Jesucristo, el autor de la Fe Cristiana, se desmarcó de esa Religión, diciéndoles a la cara: *“Vuestra casa os es dejada desierta... no me veréis más”* (S. Mateo 23:38-39).

Las características principales de esa Religión, que provocaron tan drástica reacción por parte de Jesucristo, siguen caracterizándola en el día de hoy, son las siguientes:

1. **Esa Religión** siempre ha usado la Religión como una fuente de ganancia. Es decir, como un medio de enorme enriquecimiento material. Fue así en los tiempos de Jesucristo, y sigue siendo así hoy. Y el Señor manifestó su claro rechazo de esa Religión haciendo un azote de cuerdas y echando fuera del Templo a todos los que estaban haciendo negocio de las cosas de Dios, (S. Juan 2:13-22). Más tarde, viendo que seguían igual, se desmarcó totalmente de ellos con las solemnes palabras que hemos citado arriba, (Mateo 23:38-39).

2. **Esa Religión** siempre ha enseñado una serie de Tradiciones y Dogmas humanos como si fueran de igual valor con la misma Palabra de Dios, la Biblia. Fue así en los tiempos de Jesucristo, y sigue siendo así hoy. Y el Señor les llama “hipócritas”, diciéndoles que: *“Dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres... invalidando así el mandamiento de Dios”* (S. Marcos 7:6-13). Y a sus discípulos les avisó que se “guardaran” de todo eso, (S. Marcos 8:15), y que se guiaran tan solamente por la Palabra de Dios, como él mismo hacía, (S. Juan 8:26 y 17:6 y 8).
3. **Esa Religión** siempre se ha conformado con un

formulismo exterior de actos religiosos de todo tipo, algunos de ellos con mucha pompa y ceremonia, pero sin que los participantes hayan conocido nunca, de una forma real y personal, al Dios que dicen adorar, ni que hayan experimentado nunca una transformación de vida como consecuencia de tal conocimiento. Fue así en los tiempos de Jesucristo, y sigue siendo así hoy. Y el Señor, observándoles en medio de sus impresionantes actos religiosos, tuvo que decir: *“Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran”* (S. Mateo 15:8-9).

4. **Esa Religión** siempre ha enseñado que la única manera de agradar a Dios y ganar el

cielo, es mediante una serie de obras y cumplimientos religiosos por medio de los cuales uno va acumulando méritos suficientes para que un día se le abran las puertas del Paraíso. Fue así en los tiempos de Jesucristo, y sigue siendo así hoy. Pero Jesucristo enseñó todo lo contrario, como queda más que claro en la parábola que contó del Fariseo y el Publicano, (S. Lucas 18:9-14), y también por las palabras de su apóstol Pablo, quien dijo claramente que: “*No es por obras*”, (Efesios 2:8-9), sino por la sola fe en Jesús, quien por su muerte en la cruz hace posible que Dios pueda “*Justificar*” para siempre a los que son “*de la fe de Jesús*”, (Romanos 3:21-26).

Pero hay más que decir.

Existe, estimado lector, un cristianismo muy diferente a la Religión de los párrafos anteriores. Un cristianismo sencillo, bíblico y bello. Un cristianismo sin pretensiones de grandeza, poder o influencia en este mundo. Un cristianismo compuesto de personas cuyas vidas han sido transformadas como consecuencia de un encuentro personal con Dios por medio de Jesucristo. El cristianismo del cual la Biblia habla en el libro de los Hechos de los Apóstoles, donde se nos dice quiénes fueron los primeros en la historia de ser llamados cristianos, y por qué.

Eran personas quienes habiendo oído el Evangelio de Jesucristo tal y como los Apóstoles lo predicaron en aquellos primeros tiempos, lo creyeron de todo corazón. Creyeron que Jesucristo era el divino

Hijo de Dios, venido desde el cielo en busca suya, y muerto en la cruz por sus pecados. Creyeron también que había resucitado para su justificación. Y arrepintiéndose de sus pecados, y confesando a Jesús como su Señor y Salvador, recibieron de Dios, juntamente con el perdón de sus pecados, un nuevo corazón y un nuevo espíritu. Y la gente, viendo cómo reflejaban en sus vidas algo de la misma belleza de la vida de Cristo, les llamaron cristianos, (Hechos 11:26).

Tal es el auténtico cristianismo de Cristo y de la Biblia. Y existe, como siempre ha existido, en las vidas de una minoría de personas que viven como su Divino Maestro vivió, sin ostentación religiosa o poder político, pero sí en el poder del glorioso Evangelio transformador de Dios. Una minoría llamada por el Señor mismo manada pequeña, y siempre despreciada por

el gran sistema Religioso de los párrafos anteriores, (como también lo fue Jesucristo). Y hasta perseguida por esa Religión, a veces hasta la muerte, (como también lo fue Jesucristo). Pero una manada a la cual el Señor ha prometido dar su Reino cuando Él vuelva a este mundo en poder y gloria, diciendo: *“No temáis manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el Reino”* (S. Lucas 12:32).

Cuando el rey Agripa escuchó la defensa que Pablo hizo de este cristianismo auténtico dijo: *“Por poco me persuades a ser cristiano”*, a lo cual Pablo contestó que ojalá se persuadiera no un poco, sino completamente, (Hechos 26:27-28).

**Y al terminar este capítulo,
te decimos lo mismo.**

6

¿QUÉ DICE LA BIBLIA DEL MÁS ALLÁ?

No hay más allá dice la ciencia popular. Sólo existe este mundo físico, y nada más. Y nosotros, que sólo somos un conjunto de átomos, nos desintegramos al morir y dejamos de existir. Esta vida es la única que hay, así que, ¡a vivir, que son cuatro días! Y la gente responde con el refrán popular, “muerto el perro, se acabó la rabia”, y parece que se siente feliz.

¿Pero es cierto esto? La Biblia dice que no es cierto, y nos informa de las repetidas afirmaciones de Jesús en cuanto a la existencia de otro mundo sobrenatural más allá de las pequeñas fronteras de nuestro espacio y tiempo. Un mundo eterno de donde él había venido al entrar en nuestro mundo, y a donde él iba a volver después de cumplir, en la Cruz, la misión que le trajo aquí.

Los teólogos modernistas de su tiempo, conjuntamente con la élite científica, se burlaron de él ya que no creían nada de eso. Le tenían como un pobre iluminado que no sabía lo que estaba diciendo, y no le hicieron ni caso. Pero la resurrección de Jesús tres días después de su muerte, un hecho histórico bien documentado en los escritos del Nuevo Testamento, con una abundancia de evidencia que nunca ha

sido satisfactoriamente refutada hasta el día de hoy, confirmó la veracidad de sus aseveraciones que la muerte no es el final; que muerto el perro no se acaba la rabia; que hay un más allá, y un Dios en ese más allá a quien todos tendremos que rendir cuentas un día.

Pero aparte de la evidencia histórica de la resurrección de Jesús, tenemos cada uno de nosotros una evidencia interna que confirma las aseveraciones de Jesús sobre esta cuestión. ¿Cuál es esa evidencia? Reflexionemos un momento.

“Al fin murió Pol Pot”. Así rezó el titular del diario El Mundo, el 17 de abril de 1998. Y por si nos hemos olvidado quién era Pol Pot, basta con decir que era el monstruo quién durante los cuatro sangrientos años de su terrible régimen de terror en Camboya (1975-1979), terminó

con la vida de más del 25% de la población de su país. “Y lo peor del caso”, decía el artículo, “es que sobreviniéndole la muerte en su lecho, ha impedido su juicio por crímenes contra la humanidad en el Tribunal de La Haya”.

Dos años antes de esa fecha, ante un falso rumor de su muerte, había aparecido en otro diario un artículo que decía así:

“Lo realmente obscuro del caso es pensar que el asesino de más de dos millones de personas, murió tranquilamente en su cama”. Y sigue el artículo diciendo: “Si hubiera justicia en este mundo, Pol Pot tendría que haber sufrido una muerte realmente horrible”. Después, hablando de los increíbles crímenes de Stalin y de Mao Zedong, quienes entre los dos

eliminaron de la faz de la tierra a más de 60 millones de seres humanos, dice: “Estos también murieron inmerecidamente en sus camas”.

¡Si hubiera justicia en este mundo! Una frase que impacta e inquieta cuando uno lo piensa. Porque la verdad es que a través de la historia multitudes de tiranos, tanto grandes como pequeños, han muerto tranquilamente en sus camas sin que la justicia humana les haya jamás alcanzado, mientras que millones de sus desgraciadas víctimas murieron desesperados, sin que nadie les hiciera un gramo de justicia, o abogase a su favor.

Y nosotros, que somos seres morales con un concepto muy claro dentro de nosotros de justicia, sabemos que la cosa no debería ser así. Sin embargo si esta vida es la

única que hay, pues la cosa sí que es así, y fin de todo argumento.

Pero esa voz que hay dentro de nosotros no queda conforme con tal respuesta. Sabemos instintivamente que no es justo que las cosas terminen así, digan lo que digan. ¿Pero por qué lo sabemos? ¿Y de dónde viene esa voz interna tan clara e insistente?

La Biblia nos da la única respuesta válida. Esa conciencia moral tan aguda que todos tenemos nos ha sido dada por Dios, y es en sí una poderosa evidencia de que esta vida no es la única que hay, y que no es cierto aquello de “muerto el perro se acabó la rabia”. Nos está diciendo que hay otro mundo, inmenso y eterno, y un Dios Juez de todos, ante cuyo Alto Tribunal todo ser humano tendrá que comparecer un día. Y de ese encuentro final con la Justicia Suprema, no escapará ni Pol Pot, ni

nadie. Tal vez no nos guste mucho oír la cosa expuesta de esa manera, pero una cosa está clara, nuestro mismo instinto interno de justicia demanda que esto sea así.

El problema es que mientras nos sirve de profunda satisfacción saber que al final tanto Pol Pot como Stalin, Mao Zedong, Hitler, el Doctor Mengele y multitudes más tendrán que rendir cuentas de sus vidas y hechos ante el Tribunal Supremo de Dios, no nos hace ninguna gracia que nos digan que nosotros también tendremos que comparecer ante ese Tribunal.

¿Y por qué nosotros también?

Por la sencilla razón que la Justicia de Dios no es una Justicia parcial, para unos sí y para otros no. Es una Justicia justa, para todos por igual. Y Dios, el Justo Juez, nos advierte claramente de antemano que todos,

sin una sola excepción, hemos hecho infracción de su Ley y por lo tanto estamos bajo su sanción. Y aunque es cierto que para algunos la sanción de esa Ley será mucho más severa que para otros, sin embargo implicará para todos, tanto unos como otros, el ser excluidos para siempre de la presencia de Dios y la gloria de su maravilloso Reino, y destinados a un sitio que el Señor llama, “*las tinieblas de afuera*”, donde habrá “*lloro y crujir de dientes*” (Mateo 25:30).

Pero al avisarnos de antemano, Dios en su gran misericordia nos está dando tiempo y oportunidad para tomar la única medida posible para evitar tan grande calamidad. ¿Cuál es? De la historia de uno de los dos criminales crucificado con Jesús, aprendamos la lección, escrita en San Lucas 23:39-43.

Frente a la muerte, este condenado confesó que era culpable ante la Ley Romana y que merecía el castigo que le estaban imponiendo. Nadie tuvo que convencerle de esto. Su misma conciencia se lo decía. Pero eso a la vez le hizo pensar que detrás de César y su Ley había algo superior aún, el Soberano Dios y su Ley. Y sabía que ante esa Ley superior él era aún más culpable. ¿Qué sería de él entonces?

Estaba a punto de salir de este mundo para encontrarse con ese Dios cuya Ley él había quebrantado, y sólo pensarlo le llenaba de temor. ¿Habría una solución, una salida, una salvación en alguna parte?

En medio de su angustia se vuelve a Jesús, crucificado a su lado. Había notado en él algo tan diferente a los demás. Algo noble, íntegro y

hasta majestuoso aun en la hora de su muerte - algo transcendente. Además, le había oído pronunciar una palabra que le llenó de esperanza al oírlo, la palabra “perdón”. Y sin más dilación le dijo a Jesús: “*¡acuérdate de mí cuando vengas en tu Reino!*”.

La respuesta del Señor ha traído paz y esperanza de gloria al corazón de incontables multitudes de personas quienes, como ese condenado, han clamado en su angustia al Señor, muerto en la Cruz por sus pecados:- Jesús le dijo: “*De cierto de cierto te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso*”.

Tú también, estimado lector, estás sentenciado a morir un día. Eso no lo puede negar nadie. Y en ese día, saldrás al encuentro de un Dios cuya Ley has quebrantado.

¿Y qué será de ti?

7

¿QUÉ QUIERE DIOS DE MÍ?

Después de una de las terribles batallas de la Segunda Guerra Mundial, un papel fue hallado entre los pocos efectos personales de uno de los soldados muertos. Escrito en el papel estaban las siguientes palabras, escritas originalmente en forma de poesía:

“Mira que nunca te he hablado antes, Dios, por cuanto me habían asegurado que no existes. Y yo, como un tonto, lo creí. Pero hoy

sí que te quiero saludar. Porque anoche, desde esta trinchera donde estoy, vi tu cielo y me di cuenta que me habían mentido. Y si me hubiera preocupado mucho antes de mirar las cosas que tú has hecho, mucho antes me hubiera dado cuenta de esa mentira.

Me pregunto, Dios, si estarías dispuesto a darme la mano. Tengo la impresión que sí. ¡Qué extraño que tuviera yo que venir a este lugar infernal para poderte contemplar!

No tengo mucho más que decirte, sólo que me alegro mucho, Dios, de haberme encontrado contigo hoy. La hora cero para la batalla está cerca. Pero ya no tengo miedo sabiendo que tú estás cerca.

Ya están dando la señal y me tengo que ir. Seguro que va a ser un combate terrible. Y yo - ¿quién sabe? – tal vez me presente ante tu casa esta noche. Y aunque no haya sido muy amigo tuyo hasta ahora, ¿me esperarás a tu puerta Dios? Mira que me saltan las lágrimas. ¡Yo llorando! Ojalá que te hubiera conocido hace años. Pero ahora que te he encontrado, no me asusta la muerte”.

Según el compañero suyo, este soldado había sido de toda la vida un elemento bastante duro, y le sorprendió mucho ver cómo, según escribía, las lágrimas corrían por sus mejillas. También dijo que ni él, ni el compañero muerto, habían oído jamás una clara explicación del mensaje del Evangelio, lo cual explica por qué su conversación con Dios resulta tan elemental.

Sin embargo la experiencia de ese soldado anónimo de la Segunda Guerra Mundial, ilustra y contesta la pregunta con la cual hemos comenzado. ¿Qué quiere Dios de ti? Sencillamente, querido lector, Dios te quiere a ti. Te quiere tal cual eres. Quiere que le busques de todo corazón; que le reconozcas como tu Creador y Salvador, y que te rindas a Sus pies. Así lo dijo hace años por boca de su profeta Isaías:

“Buscad al Señor mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase al Señor, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar” (Isaías 55:6-7).

Hoy tú, con más conocimiento de causa de lo que tuvo ese soldado (si es que has leído con atención las páginas de este librito hasta aquí) podrías volver al Dios que te hizo, te ama, y pagó un alto precio por ti. Y en el nombre de Jesucristo su divino Hijo, quien murió en la cruz por todos tus pecados, miserias y rebelde corazón, y rindiéndote a sus pies, podrías comenzar a vivir, porque ...

“Esta es la Vida Eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien has enviado” (San Juan 17:3).

Terminamos con las palabras de una bella poesía que lo dice todo:

Para Personas Que Piensan

**Busca al Señor hoy,
de todo corazón,
y comienza a vivir.**

Para Personas Que Pensan

*Fui creado para Ti,
Y para glorificarte a Ti,
En cada situación,
Poder darte las gracias*

*Creado para amarte,
Creado para rendirme a tus pies,
Y obedecerte, oh Dios,
Fui creado para Ti.*

*Redimido para Ti,
Por tu sangre vertida por mí,
En esa vergonzosa cruz
Donde moriste.*

*Tuyo para siempre,
Tuyo para ser tu siervo fiel,
Ya que pagaste, oh Dios,
Tal precio para mí.*

Estimado lector si desea recibir más información por favor no dude en remitirnos la presente hoja/cupón.

EDITORIAL DISCÍPULO

Apartado 202

22080 HUESCA, España

tel./fax 974-23-07-02

E-mail: discipulo@gmail.com

Nombre:

Calle:

Código P.:

Población:

País:Fecha:.....

E-mail.....

